

# LAS TARDES



# LAS TARDES

JUAN ANTONIO GALLARDO

“GALLARDOSKI”

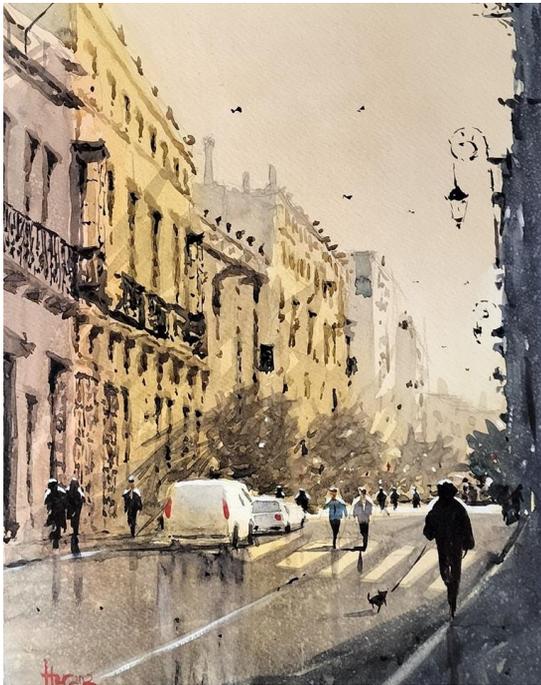
Autor: JUAN ANTONIO GALLARDO RAMOS

Diseño de cubierta: Acuarela de JOSÉ ANTONIO RAMÍREZ HARANA

ISBN: 9-7 8 9 4 0 3 7 2 0 8 0 7

© Juan Antonio Gallardo Ramos

# LAS TARDES



*“Por eso esta tarde, como nunca, voy  
con este búho, con este corazón”*

**César Vallejo**

*“Las viejas casas palidecen en tardes como ésta,  
nunca es mayor su harapienta melancolía  
ni andan más tristes de paredes”*

**Juan Gelman**



***Para Luis Rodríguez, In memoriam***



## PRÓLOGO

Camino hacia esa puerta verde, vengo de tirar la basura al contenedor y no me resisto a echarle una foto, a intentar atrapar como el cazador de mariposas, el vuelo del lepidóptero. Esos insectos voladores que la gente malicia diurnos y que, sin embargo, como el lobo y el gato callejero, son nocturnos, aunque amen pasar desapercibidos como cualquiera de las criaturas de la madrugada.

Se la he enseñado, la foto. Mariposas no he visto hoy ninguna. Ha sonreído y me ha dicho que estoy enamorado de esta casa. No es así, o sí, quién sabe.

Estoy en esta paz que no me obliga cada tarde como antaño a buscar qué sé yo en las tabernas y las cafeterías.

Estoy en este retiro que tanto bien me hace y con el que tanto aprendo, porque el tiempo por fin, lo aprovecho y lo estiro lo que puedo para que surjan la canción, el poema, la historieta con la que rubrico la jornada, otra más en el mundo.

Ah sí, también se llama diario íntimo esta manía. Ah sí, no sirve para nada como dicen, claro, pero yo vendré un día a esta página, amigo mío, y me veré y será como vivir dos veces. No pretendo que lo entiendas, aunque sé que lo entiendes perfectamente.

Tanto perder y que aún quede la esperanza. Y que todavía queden el amor y el humor y que la sonrisa mantenga su bello dibujo en nuestra cara.

José Manuel Caballero Bonald me dijo en una carta- luego comprobé que esa frase la usaba mucho, se ve que le gustó- que la vejez era una sucesión

de pérdidas. Posiblemente al llegar ahí, esa conclusión tajante y amarga, es cuando comienza absolutamente la vejez. Pero, tras tanto perder, me dirijo al sitio en el que vida parece ser la vida que uno querría haber llevado. Libros, guitarras, acordes, música, cuadros de amigos colgando en las paredes, poemarios dedicados, películas...y ella.

Se deja atrás al cruzar el umbral de esta casa la tribulación y el disparate continuo con el que los supervivientes mantenemos la militancia en la vida.

Las traiciones, los desplantes, el miedo a los miserables monstruos cotidianos, todo lo dejo atrás al cruzar el umbral de esta casa. Seguramente estaré enamorado. ¿De esta casa, como ha dicho ella? No, no es la casa.

Aunque, se dejan fuera, en la calle, la grosería, el mal humor, el desconsuelo, la mala educación.

Aquí no vivimos así, aquí no nos gritamos jamás el uno al otro. Aquí no. ¿Es todo armonía y paz? No, claro que no. Pero hemos aprendido a sustituir el barullo de los argumentos y el yo tengo razón, por la música suave de la caricia y hemos aprendido a decir perdón, lo siento, olvidemos...a veces sin tener que levantar templos al fonema ni a la representación del lenguaje.

Me encanta esta hora, dice ella, tras la cena y cuando nos disponemos a ver una disparatada serie en la televisión, como cada noche. Yo no digo nada, no es necesario. Además, temo que puedan oírnos aquellos a los que esta paz les parece ridícula, conformista, pequeño burguesa.

No vaya a ser que levanten horrores y calumnias contra nosotros. Son muy capaces, el mundo es muy capaz porque, contra lo que afirma el tango, ni es sordo ni es mudo. Anda por ahí, buscando maneras de

construir dilemas y daños a la indefensa gente sencilla, a los que llama el mundo: sus habitantes. A nosotros, que, si nos dejan, seremos moderada, delicadamente felices.

Ahora piensa, amigo lector, en las tardes, en las tuyas. Verás cómo hay belleza

en muchas de ellas. Esa búsqueda es el motivo de este libro. Esa búsqueda...



## **MOLESTAR LO MENOS POSIBLE**

“Yo quiero molestar lo menos posible”

Con esta divisa iría uno por la vida- y hasta por la muerte si nos ponemos estupendos- sería, de hecho, un bonito epitafio. Encontrarse, si acudiera un deudo a visitar nuestra última morada escrito en la piedra este lema nos daría un gran prestigio póstumo. Aunque, para entonces a quién le importa.

La frase no es mía, la ha esgrimido como un salvoconducto un señor en el banco esta mañana:

-Señorita, yo quiero molestar lo menos posible, le dijo a la cajera. Y me lo repitió a mí, que le sucedía en la triste cola.

Al hombre, le habían dado unas claves para operar con la banca digital- así llaman al asunto- y al pobre señor se le cumplían los plazos (cinco minutos o así) porque dedeaba sobre la pantalla de su teléfono sin criterio ninguno.

Daban ganas de ayudarle, pero claro; tratándose de contraseñas muy secretas, cualquiera sabe si no hubiese pregonado de acercarse uno en plan samaritano: ¡al ladrón, al ladrón!

El hombre que quería molestar lo mínimo, estaba haciendo justo lo contrario de lo que pretendía.

En estos tiempos los ciudadanos consideramos nuestro turno en una cola un patrimonio que defenderíamos con gran arrojo y mayor furia, de manera que cuando por fin somos atendidos por las encapsuladas personas que viven tras las ventanillas, nos gusta poco ser interrumpidos.

El hombre, como no se aclaraba con el teléfono móvil, se acercaba a la chica de la caja y, justo es reconocerlo, con mucha educación y hasta con simpatía si se pudiera ser simpático cuando se está desorientado y confuso, le preguntaba si tenía que poner todos los números que le habían mandado en un mensaje, o si sólo los que parecía que en el algoritmo habían desaparecido, encriptando los otros.

La cajera le decía muchas veces que estaba atendiendo a otro cliente (un servidor) Que, por favor, no se saltase la distancia de seguridad y que se pusiera la mascarilla tapándose las vías respiratorias, nariz y boca, y no colgada de la barbilla que era como la llevaba, como un tarado.

-Ah, sí, sí, perdone es que se me empañan las gafas con la mascarilla y no veo la pantalla del móvil. Entonces ¿No tengo que repetir la contraseña? Yo, a estas alturas, me sabía de memoria el pin y la contraseña de aquel señor de las veces que los había cantado a los cuatro vientos de la sucursal bancaria.

-Señorita, pero si mi pin es 5496 y contraseña \*\*\*\*\* (no lo pongo aquí no sea que el hombre después del disgusto de esta mañana esté leyéndome y le dé un soponcio. Cosas más raras se han visto y gente más rara que lo lee a uno) ¿Por qué no puedo entrar en mi cuenta y ver mi saldo y si se han cobrado ya la contribución?

Todo esto lo hacía pidiendo disculpas continuamente y mirándome a mí y a otra señora que lo fulminaba con sus ojos, porque ya le hubiese tocado de no ser por sus interrupciones a la cajera. Total, mi gestión habría durado cinco minutos o menos.

-¿Me ha entrado esa transferencia? No, señor Gallardoski. Ea, pues adiós, me voy muy triste, que lo sepan.

Yo, derrotado, le dije a la cajera que le cedía mi puesto, que acabase con él, con sus cuitas digitales, se entiende. Pero la cajera tampoco se avenía a este arreglo tan generoso por mi parte.

El hombre preguntaba todo el tiempo por un tal Antonio que debía ser uno que alguna vez lo ayudó, un empleado del banco de esos que todavía no han hecho el cursillo de cara de vinagre y de yo no me implico con los clientes y menos con los pringados que sólo utilizan la cuenta para cobrar el paro, o la ayuda, o la pensión. Un buen hombre, vamos.

- ¿Antonio no está? ¿Está de vacaciones? ¿Va a venir Antonio? ¿Está Antonio desayunando?

Si la cara de vinagre de la cajera hubiese contestado a la primera, nos habría evitado a todos el coñazo de dónde andaría Antonio. Pero no, no le contestaba o lo hacía muy bajito, como para enervarlo y que le diese al pobre tipo un infarto de miocardio allí mismo.

Tuve que ser yo, que tengo esos prontos quijotescos, el que le dijese al señor que Antonio estaba de baja, por el COVID.

No sé para qué me inventé esa tontería. Bueno, sí lo sé. Para darle solemnidad a la ausencia de Antonio y así propiciar de nuestro amigo un silencio respetuoso y hasta una despedida noble.

La cajera me miraba con los ojos como platos cuando dije que Antonio estaba con lo del COVID, como diciendo que para ser su primer día vaya par de pirados le habían tocado a la pobre.

Porque no había constatado ese punto: Era el primer día de la cajera. O uno de los primeros, porque yo vengo todas las semanas por lo mío de la transferencia y no la había visto nunca.

El señor que quería molestar lo menos posible, pareció con la noticia de la imaginaria enfermedad de Antonio, olvidarse un poco de su negociado con la banca digital.

La cajera me había desmentido y le había dicho que no, que Antonio simplemente no estaba...pero ¡ah! A ver quién convencía ahora a este hombre de que Antonio estaba sano y salvo, seguramente en la cafetería de enfrente tomándose una buena tostada con manteca colorá (este detalle lo incluyo, porque cuando por fin salí de la sucursal me encontré al bueno de Antonio, sano como una pera y mordiendo como un cromañón con corbata ese contundente alimento, mientras le caían por las comisuras de la boca dos hilillos de grasa roja que daban ganas de acercarle un pañuelo y adecentarle así una miaja la figura)

-Vaya por dios, ahora se me ha ido la línea- dijo la cajera y me pidió nuevamente mi DNI.

Ya todos estábamos francamente nerviosos. Cuando me dispuse a sacar el documento se me cayeron al suelo una baraja de tonterías que lleva uno en la cartera: un décimo de la bonoloto, tarjetas de visita, tarjetas de crédito peladas que ni sé por qué conservo, una servilleta de papel con un Haikú, dos fotos tamaño carné, el carné de la biblioteca y una entrada de un concierto del año de la polca.

El hombre que quería molestar lo menos posible se puso, enseguida, en cuclillas y me ayudó a recoger el desbarajuste. Estando ambos en esa posición un poco vergonzante, le propuse:

-Amigo, si usted quiere le activo yo lo de la banca, porque Antonio no va a venir y el resto de la pandilla nos tenemos que ir a nuestras labores.

Le hablé así, como si ambos estuviésemos preparando una fechoría, casi clandestinamente. Él dijo, en el mismo tono confidencial y susurrante, que de acuerdo y que menos mal que queda gente buena.

Y así salimos este hombre y yo al aire fresco de la calle. Como dos amigos. Quería invitarme a un café como muestra de agradecimiento y le dije que muchas gracias, pero que no. Todavía tuve el antojo de asomarme al puesto de trabajo de la cajera y arengarle:

-¡Para que vea, dos minutos y resuelto!

La señorita cajera si hubiera podido me habría hecho una peineta, pero habrá cámaras o algo y no puede.

La contribución, por cierto, no se la habían cobrado todavía.

## **NIÑOS Y TARDES EN PRIMAVERA**

La primavera es ahora el dibujo de las macetas florecidas en la entrada de nuestra casa. Nos reciben las plantas, refugiadas en el cobijo de sus macetas, como esos felpudos con leyendas impresas. Las plantas no escriben, pero dibujan el espacio y, a su manera, dicen “bienvenidos”

Lo de los pájaros ya es otro cantar, nunca mejor dicho.

No sabemos si nuestra llegada la andan festejando con sus trinos, o es que alertan a la bandada de los intrusos que arriban a su costa.

A mí, sin embargo, me gusta imaginar que nos cortejan como a San Francisco de Asís y que, si quisieran ellos y quisiéramos nosotros, podrían posarse en nuestros hombros, como el loro en el hombro del pirata, y pasearnos así por los pasillos, como viejos camaradas.

Ahora, bien, siendo hermoso todo esto, nada comparable a las tardes demoradas del mes de abril, aquí; en el sur. Esa prórroga de luz cada jornada que permite a los niños prolongar sus juegos hasta pasadas las nueve de la noche en el patio comunitario, sin peligro de automóviles ni motocicletas, como debió ser jugar en la calle en el año doce, del siglo XX, pongamos por caso.

Son muy pequeños, tres, cuatro años a lo sumo. Se están criando juntos, niños y niñas, en esta suerte de corral de vecinos moderno en el que estamos. Cuando se cansan de patear el balón, inician un regocijo de fantasía que yo escucho desde el balcón admirado de que todavía exista esta esperanza.

Curiosamente el tiempo verbal que utilizan es el pretérito imperfecto del verbo ser. Hablan del pasado, como si lo tuvieran ya, a sus pocos años, pero es un pasado de mentira, lo que lo hace más bonito, más encantador.

-Yo era el piloto del avión.

-Y yo era la capitana.

-Yo tenía un rayo que le ganaba a todos los malos.

-Y yo jugaba a la pelota y marcaba siempre goles.

- ¿En el avión? -Pregunta una de ellas.

-Sí, en el avión- contesta el otro con su media lengua todavía y sus Chíes, en lugar de síes.

Y la que ha preguntado, acepta el disparate, pero se ríe con esa risa infantil que compite en armonía y primor con el canto de los pájaros que, todavía no han querido retirarse a las copas de sus árboles, porque como yo, andan hechizados mirándolos y escuchando cómo han llenado esta tarde de abril de paz y de inocencia. Crecerán y jamás sabrán el bien que hicieron sus juegos infantiles a un hombre de cincuenta y cuatro años que sigue aceptando que es posible ganar a los malos y meter goles en la portería que algún poeta quiso un buen día construir justo ahí; en un avión.

## **PENDIENTE DE LAS COSAS**

Tiene que haber una parte de la realidad que a uno se le escapa.

Un repartidor de cerveza hace rodar el barril hasta el grifo del garito, que está detrás de la barra donde tomo café. Habla con el compañero del viaje que tiene pensado hacer el próximo puente festivo al Riu.

El Riu no es ninguna ciudad brasileña, ni siquiera asturiana, el Riu, es un hotel que hay en Chiclana que, para los feriadados locales, ofrece un “todo incluido” que mis paisanos se encargan de rentabilizar a base de jumeras compartidas con el cuñado campechano o con los amigos del curro.

En esas instalaciones se solazan a lo grande, mientras los tiernos vástagos chapotean y chillan en la piscina como si estuvieran invadiendo Las Filipinas y las parientas en bikini todavía en pleno mes de octubre, se achispan lo justo con exóticos cócteles y “margaritas”

Otro muchacho, agente inmobiliario, disfrazado de lo suyo; de agente inmobiliario con esas camisas y esos trajes que les ponen, habla por el móvil con impostada simpatía, con un posible cliente.

Dice muchas veces “claro, que sí” y “eso está hecho” como si fuera la vida justa y fuera fácil comprarse un piso.

Finge mirar una agenda más bien vacía de anotaciones y citas, y concreta una visita al bonito piso que está muy céntrico, porque todo el mundo sabe que el centro es una abstracción relativa para las inmobiliarias y que todos los boliches infectos que se pretende vender orbitan alrededor de ese mítico centro, rodeado de colegios, comercios (y yonquis, y basura, y farolas apedreadas por la rabia juvenil)

Uno que hay que no da ni los buenos días cuando entra, mira con avidez mensajes en su teléfono móvil y gesticula muchísimo, haciendo visajes con la cara, como si durante la madrugada hubiese ocurrido algo importante, transcurrido un rato de mojigangas, llama a alguien, seguramente un empleado suyo y lo interpela con sus “¿No te dije que había que pedir material para el viernes?”

Y acto seguido se pone la careta de “amarga vidas” con la que irá tribulando su jornada laboral, hasta las siete o las ocho de la tarde, hora

en el que el mundo, y su empleado, sobre todo, se librarán de él y de su avinagrado carácter.

Dos albañiles de otro pueblo, por el acento creo yo que de la provincia de Jaén, piden para desayunar lo que uno pediría para el almuerzo: bocadillos enormes de tortilla de patatas o de jamón serrano, cafés, zumos de naranja natural y uno de ellos una copita de Brandy.

Cuando pagan piden el ticket, porque el pantagruélico desayuno, por lo visto, lo paga la empresa. Y entre mordisco y mordisco van poniendo a la empresa verde. Estos lo que dicen mucho es “Yo no pienso hacerlo” y “A mí como no me suban las horas, que se olviden”

Un profesor de instituto carga como con una sogá al cuello con una especie de maletín y tiene cara de pena. Será poeta lírico o algo peor.

Pide educadamente su desayuno y mira, por leer algo, la carta del garito, por si finalmente se queda a almorzar en la calle, luego, cuando termine el simulacro con la pandilla de púberes salvajes que se dedicarán toda la mañana a joderle la vocación- si la hubo- y la paciencia que alguna vez tuvo.

Una señora que siempre tiene mucha prisa, porque tiene que ir al mercado, al ayuntamiento para una cosa del padrón municipal y a comprarle un secador para el pelo a su hija, que está trabajando y ella no puede ir, le está contando a la camarera con todo lujo de detalles cómo cocina ella desde siempre las papas con choco.

Tiene, como digo, mucha prisa, pero no se va jamás y le cerrarán la ventanilla del ayuntamiento, no habrá casi nada en el mercado y lo más seguro es que cuando vuelva a su casa, a eso de las doce y media del mediodía, diga: coño, ya se me olvidó el secador de pelo de la niña...

En fin, que tiene que haber una parte de la realidad que a uno, en su estulticia, se le escapa, porque ni hoy, ni nunca, he escuchado a ninguno de estos parroquianos preocupación o malestar alguno porque en el congreso se hable en chino mandarín, o porque Cataluña quiera ser una gran nación, o porque España se rompa.

Será que no estoy pendiente de las cosas...